

Ordeno la biblioteca. Contra mi voluntad retiro libros en desuso para abrir campo a nuevas incorporaciones. Lo impone la falta de espacio. La operación es tramposa y la ejecuto a la fuerza: a todos los considero imprescindibles.

Examino gastadas ediciones, releo viejas dedicatorias, me topo con notas olvidadas. Recuerdo con nostalgia uno que otro título extraviado.

Me hallo concentrado en mi labor, cuando de lo alto se desprende un fajo de carpetas y papeles. La cascada me roza, pero es la polvorienta carpeta marrón la que impacta en mi cabeza. Pese al golpe, sus hojas no se desperdigan. El vetusto gancho sigue haciendo su trabajo.

Cada vez que cae un libro experimento lo mismo: al contemplar el garabato desparramado en el suelo, siento como si un trapequista se hubiese descolgado de lo alto sin que lo hubiese sostenido la red.

Al principio no sé de qué se trata. Luego reconozco el manuscrito. Han pasado treinta años. Lo miro en el piso, lo detallo.

Con paciencia lo recojo. Lo abro. Examino la letra hológrafa sobre el papel traslúcido que alguna vez se usó para hacer ingravidas las cartas. La tinta se ha vuelto purpúrea.

Leo el primer folio y se agitan los recuerdos: la inagotable chispa de Florian, el rostro ajado de Casimir, la viva atmósfera del Caves Saint-Gilles.

Como tierra en las uñas de los muertos, ahí seguía el manuscrito. Lo dejé hace mucho, luego de una ansiosa búsqueda. Ahora literalmente me cae encima. ¿Reprochando mi desdén o saludándome como el amigo del pasado que se cruza en una esquina antes de desaparecer para siempre?

Leo con avidez el segundo folio. El hongo lo ha colonizado. La humedad es implacable.

Para abordar el tercero halo una silla y me dejo caer.

Antes de acometer el cuarto, sé que tengo que escribir este libro.

I

BILDUNGSROMAN

«Mi albergue estaba en la Osa Mayor»

RIMBAUD



Cuando Arvo Páez narró lo que le había ocurrido en París en el otoño del 85 para explicar cómo se había puesto en su chaqueta más mundana, no tuve el valor de referir que a mí me había acontecido exactamente lo mismo. ¿Quién me lo iba a creer? El suceso era contundentemente idéntico, pero no quise ser aguafiestas. Sin embargo, los músculos se me tensaban escuchando el relato, tan similar al que yo había vivido. Un minúsculo detalle diferenciaba ambas versiones: a Arvo le había ocurrido en la avenue Kléber, frente al café Fleurus. A Tadeo y a mí en la avenue d'Iena, camino del Museo del Hombre. El resto era exacto.

París estaba radiante. El otoño dejaba los árboles sin hojas, pero aún llameaba la gama ocre en ciertas frondas. Comentaba con mi compañero de viaje –físico de profesión e hipochondríaco de convicción– la incidencia que tenía convulsionada la ciudad: la desaparición en Le Marais de un joven con síndrome de Down. De pronto, un Volvo se sube a la acera y nos cierra el paso. Porque tenía la suela del zapato rota y cuando llovía se metía el agua, arqueo el pie derecho. Del auto saltan dos sujetos. Instintivamente retiro la muñeca donde llevo el viejo Mulco de oro rosado, regalo de mi padre.

*Sûreté?* ¿Inmigración?, me pregunto. En medio del concierto, observo que los acicalados señores no hablan francés. Parlan italiano, y lo que sea que se propongan van a

ejecutarlo en el acto. Uno se queda al volante. Los otros abren la maleta del Volvo.

Nos van a meter ahí, le susurro a Tadeo.

Estás yendo mucho al cine, responde mi amigo, ocultando el nerviosismo.

Me estoy resignando a no sé qué, cuando uno de los sujetos explica que eran los responsables de una feria de moda masculina en Champs Élysées. Las cosas se complicaron, la exhibición se abortó y están rematando la mercancía para volver a Italia. Los colores vuelven a nuestros rostros.

Nos gustaría ayudarlos, digo, pero se han tropezado con los turistas más menesterosos de París.

¿De dónde son?, preguntan.

De Venezuela, responde Tadeo.

*Ho uno zio nel Venezuela!*, grita el que va tras el volante.

Tienen que ver los abrigos, agrega otro.

¡Imposible!, contesto. ¡No tenemos dinero!

Pero no se arredran. Nos empujan a la maleta del carro y nos muestran su contenido. Gabanes de todas las lanas, chaquetas de todas las pieles se mezclan en un solo amasijo. Atrabiliariamente van sacando piezas. Y para hacer la escena más absurda, sacan cintas métricas para tomarnos las medidas.

*No money!*, insisto, y para probarlo les muestro las fundas vacías de los bolsillos.

Sin dejar de parlotear, los hombres despliegan más prendas y nos las echan sobre el cuerpo, calculando al ojo nuestras tallas. Los precios eran ridículos, incluso para nosotros. Pero no estábamos de compras. Intento apartarme, cuando uno de ellos me toma del brazo y me devuelve al improvisado ventorrillo. De pronto, Tadeo remueve y saca una imponente chaqueta de *vera pelle* marrón con cuello de chinchilla. Dicen ellos que de *vera pelle*. Dicen ellos que de chinchilla. Bien podría ser una gloriosa imitación, ingenio de la industria química.

Mi compañero se despoja de su gastada parka, heredada del guardarropa de quién sabe quién, y se cancha la nueva. Se parece a Lord Byron embutido en un ciervo muerto.

¿Cómo me veo?, dice guiñándome un ojo.

*Splendido!*, afirma el de ojos zarcos.

¡*Europa por 9 dólares diarios!*, le advierto, tratando de devolverlo a su guía predilecta: la de Arthur Frommer. La que indicaba, a mochileros paupérrimos como nosotros, los puentes bajo los que podían pasar la noche si cometían la pendejada de ferirse el raquíctico presupuesto.

No te preocupes, dice Tadeo, inoculado por la euforia, y me invita a escoger una.

No puedo más que mirarlo con sorpresa. Sorpresa que va mutando a inquina. ¿Que no me preocupe? ¿Quién es el que va con la perorata de vieja objetando cualquier gasto?

Anda, dice reblandecido. ¡Hazte con una de estas maravillas!

Es él quien devuelve mis botellas de vino en la caja. Quien me trueca el encebollado de liebre del Allard por los delez-nables *panini* de los quioscos. Quien me obliga a tragar el melancólico *petit déjeuner compris* de la pensión de los Abattu –café aguado y pan con mermelada–, en lugar del desayuno triunfal de tres yemas del café Daguerre.

Conque de *shopping*, ¿eh?, le enrostro.

Anda, pruébate algo, me insta. Y más vale que sea rápido: nos espera lo mejor de la antropología, la prehistoria y la etnología en el Museo del Hombre.

Entonces, como no soy muy de rogar, caigo.

Dos ilusos atraviesan, arrebuados en sus chaquetas nuevas, el paso de cebrá de la place de Trocadéro, para ver los fragmentos del esqueleto de Lucy, la bella australopiteca de tres millones de años.





Conforme a lo planeado, Tadeo continuó el periplo hasta Madrid, mientras yo no pude abandonar París. Un mes debió durar la estancia entre las dos capitales, pero a mí se me hizo cuesta arriba destetarme de la ciudad. Es difícil explicarlo, porque la urbe no me atraía especialmente y porque había sido yo el abanderado de Madrid. Madrid era la ciudad amada de mi madre muerta. Por su predilección era el tipo de destino al que, sin haber ido nunca, quería volver. Fue Tadeo quien escogió París, obnubilado por su historia. Algo muy fuerte debió operar en mí para que no lo acompañara a la ciudad que yo había seleccionado y me quedase en la que había elegido él.

Era pero no era la París gentrificada de ahora. El sueño americano sitiaba pero no franqueaba del todo los muros, y los carteles del metro resistían con su añeja estética el cerco globalizante, el estatuto común. Conservaba vestigios de aquel pasado en el que el arte estampó su sello y donde la pobreza tuvo glamur. La París que yo traía promediaba la fascinación de unos con la decepción de otros. Y acarrea el celaje triste de una canción, «La complainte de la Butte». Una pieza que contaba que, en lo alto de Montmartre, en la rue Saint-Vincent, un poeta vive un amorío con una bella pordiosera a la que nunca vuelve a ver. Afligido, compone la tonadilla, a la espera de que algún día la desconocida logre escucharla.

No había celular ni internet. No existían el euro, el Viagra ni el Nespresso. No había trascendido la inclinación pedófila de la Iglesia. Aún rondaban acordeonistas por los andenes. Nadie apostaba al bótox ni se auguraba el *boom* de los implantes de silicona. Si bien el fundamentalismo musulmán rugía contra Occidente en guerras de liberación y desde hacía poco abrazaba el terrorismo, no se degollaban periodistas frente a cámaras de vídeo ni se derruían tesoros arqueológicos de culturas más antiguas que el islam, en nombre de la Sharia.

1985. Nunca olvidaré ese año. Fue cuando Rock Hudson anunció que tenía Sida. Estados Unidos y la Unión Soviética iniciaban conversaciones para el desarme nuclear tras décadas de Guerra Fría. Se descubrieron los restos del Titanic, y Nelson Mandela, preso en Pollsmoor, renunciaba a la libertad que le ofrecía Botha si abandonaba la lucha armada. Eso recuerdo de 1985. Eso, y que por ser venezolano, la gente me asociaba con el Chacal. Era octubre, y aunque había finalizado en julio, aún se topaba uno con los carteles de «Les immatériaux», la rara exposición que curó Lyotard en el Pompidou, y que sin ver me signaría.